Los míticos requetés de Artajona, grupo de 40 voluntarios, que fueron los primeros en entrar en San Sebastián el 13 de septiembre de 1936. / ARCHIVO BALTENA

Los grandes olvidados de la Historia

El volumen 'Requetés' recupera la voz de los carlistas que lucharon en la Guerra Civil

J. M. PLAZA / Madrid

Los requetés son los carlistas que lucharon en la Guerra Civil. Normalmente se les asocia a Navarra y el País Vasco, pero hubo requetés en todas las regiones españolas y fue un gallego el que estuvo presente recientemente en la presentación del libro *Requetés, de las trincheras al olvido* (La Esfera de los Libros).

Esta obra no es un ensayo sino, más bien, un libro antropológico, que recoge los testimonios de viva voz de 65 supervivientes, así como cientos de fotos inéditas del frente y de la época y se enriquece con abundantes cartas. Tal cantidad de información han dado como resultado un voluminoso libro, tamaño álbum, de casi 1.000 páginas que pesa más de cuatro kilos.

«Éste es un libro irrepetible. Hoy no se podría hacer. Ya quedan muy pocos supervivientes de aquella época, y todos son muy mayores», dice Pablo Larraz Andía, que ha trabajado en este libro los últimos 12 años de su vida, primero en solitario, y luego ayudado por Víctor Sierra-Sesúmaga. De hecho, de los 205 protagonistas con los que hablaron antes de hacer la selección definitiva, la mitad ya han fallecido. «El último hace dos semanas», señala Pablo Larraz Andía, y nos da el nombre y los detalles de su biografía, porque todos ellos forman ya parte de su vida.

«Éste no es un libro político ni ideológico; es una obra que reivindica la humanidad de estos personajes, la mayoría de ellos muy idealistas, que lucharon en el frente y que han sido injustamente silenciados o menospreciados, tanto por los vencederos como por los vencidos», dice Pablo Larraz, quien cree que los historiadores los han ignorado para dar una imagen uniforme del franquismo. También el régimen de Franco los atacó, ya que resultaban incómodos: los carlistas querían un rey, no una dictadura militar; y de hecho, en 1945, tal como recuerda Pablo Larraz, fueron encarcelados 2.000 carlistas –en gran parte, ex combatientes– por repartir propaganda.

En la Guerra Civil se apuntaron 60.000 voluntarios carlistas, además de numerosas mujeres en la retaguardia, en los 42 Tercios de Requetés, de los que tan sólo 19 eran navarros o vascos. Éste es uno de los tópicos contra los que quiere luchar el libro. Hubo requetés en toda España.

El otro tópico es su origen. «Había muchos labradores. La mayor parte de los requetés eran gente humilde que tenía una concepción tradicionalista y religiosa de la vida», señalan los autores, que han dividido el volumen en 15 capítulos (resucitados, cautivos, evadidos, atrapados...), procurando dar una visión lo más completa y diversa posible.

Este trabajo necesario tiene un ilustre precedente: Ignacio Hernando de Larramendi, un requeté madrileño que luego se convertiría en el gran empresario que relanzó Mapfre y que así lo contó en un libro. Su gran proyecto editorial fue, sin embargo, realizar una obra que recogiera los testimonios de los últimos carlistas supervivientes de la Guerra de España. Larramendi falleció en el año 2001, y fue precisamente su hijo quien, mediante la Fundación Luis Hernando de Larramendi, se hizo eco de esta idea, y se la encargó a Pablo Larraz, un médico humanista cuya tesis doctoral iba en la misma línea de su padre, ya que recogía testimonios de los heridos en la Guerra Civil en el Hospital Alfonso Carlos de Pamplona.

Requetés, de las trincheras al olvido cuenta con el apoyo de dos prestigiosos historiadores: Hug Thomas y Stanley G. Payne. Éste señala en el prólogo: «En los últimos años se ha hablado mucho de lo que se ha llamado la memoria histórica, aunque lo que se indica normalmente por este término no tiene nada que ver ni con la memoria ni con la Historia. La verdadera memoria es un recuerdo individual de las personas que han vivido y pasado por una experiencia determinada. No es una cuestión de eslóganes ni inventos políticos. Este libro sí trata de la verdadera memoria histórica...».

Una fuerza de choque

MANUEL MARTORELL

Entre los tópicos extendidos sobre los requetés, incluso entre los historiadores, está el considerarles una de las fuerzas más sanguinarias del bando nacional. Los testimonios, no sólo los destacados en esta obra sino también los de sus enemigos, indican una actitud muy diferente. En este sentido, por ejemplo, es interesante consultar *Pretérito imperfecto*, la autobiografía de Castilla del Pino, el renombrado psiquiatra de militancia comunista represaliado por la dictadura, fallecido hace poco.

La confusión se produce al estudiar el conjunto del carlismo como si de un partido de corte clásico se tratara, cuando prácticamente nunca ha funcionado así. Siempre ha tenido sectores y corrientes muy diferenciadas, sobre todo en la Guerra Civil, cuando a la entonces Comunión Tradicionalista acudieron, en aluvión, gentes que no tenían nada que ver con este movimiento político.

Requetés se refiere, por lo general, a los voluntarios de primera hora; es decir, a quienes ya eran carlistas antes de proclamarse la República porque sus familias también lo eran. Estos miles de combatientes integraban la práctica totalidad de la militancia del carlismo y salieron al frente el 19 de julio, siendo, por lo tanto, ajenos a lo que ocurría en la retaguardia. En los frentes, como se desprende de estos testimonios, se dedicaron a luchar, comportándose, fundamentalmente, como fuerza de choque, no de represión.

JESÚS UNZU

Testimonio del herido más joven de Pamplona

«Nací en el número 31 de la Plaza del Castillo el 19 de diciembre de 1922. Yo era el mayor de una familia de 17 hermanos, muy conocidos en Pamplona por el comercio que teníamos. Lo del carlismo en Navarra era algo tradicional, cercano, y más para nosotros que teníamos el Círculo en la misma casa...

No había cogido un fusil en mi vida ni tenía preparación militar alguna, pero al estallar la Guerra, ese ambiente que se vivía, tanto en la calle como en casa, pues... contagiaba. Intenté salir voluntario el 19 de julio, pero por la edad no me dejaron mis padres. Mi motivación era 'defender a Dios y a España', porque, con 14 años, uno de política no entendía nada. Estuve dando la lata a mi padre para que me dejara marchar a un tercio de segunda línea, y al final accedió: 'Anda, Jesús, vete, pero que te coloquen en algún puesto sin riesgo, que tú eres más *pelayo* que requeté...'.

El día 6 de abril de 1937 me encontraba haciendo guardia en un pequeño parapeto a la salida de Mondragón, sentado tranquilamente y leyendo la revista infantil *Pelayos*, cuando escuché un silbido raro, un proyectil de mortero con un sonido diferente a los que pasaban de largo, y en el último momento me cubrí la cara con el brazo porque sentí que aquello caía cerca. ¡Y tan cerca!

Pegó un proyectil de mortero del 81 a metro y medio de donde me encontraba. Tuve más suerte que manda Dios, porque al fusil que tenía apoyado lo partió por tres sitios y, sin embargo, a mí no me mató. Quedé con la frente toda llena de trozos de metralla, y al poner el brazo en el último momento, eso me salvó la vista... Dicen que fui el herido más joven que pasó por el [hospital] Alfonso Carlos. La verdad es que estuve muy a gusto; me pusieron en la sala donde estaba de jefa de enfermeras Lolita Jaurrieta, que no dejaba de tener detalles conmigo. También iba a la sala en la que estaba mi hermana Pilarcho y le ayudaba a enrollar las vendas...».

Jesús Unzu, soldado requeté de 14 años.